

La institución escéptica

FERNANDO NAVARRO LÓPEZ*

Resumen: El núcleo central del artículo gira en torno al relativismo respecto del conocimiento científico. El autor quiere defender la posibilidad del conocimiento objetivo, sin renunciar por ello a la idea de una perspectiva humana. De este modo se enfrenta a quienes conciben la objetividad como el abandono de cualquier perspectiva humana. En este contexto el escepticismo es valioso, al cuestionar las apariencias ligadas a una perspectiva más subjetiva y fomentar la adopción de una perspectiva objetiva, en la que consiste el conocimiento científico.

Abstract: The main topic of the article is about the relativism of the scientific knowledge. The author wants to defend the possibility of the objective knowledge, without renouncing to the idea of a human perspective. In this way it faces up together the people who consider reality as the abandonment of any human perspective. In this context, the scepticism is valuable, since it questions the appearances linked to a more subjective perspective and fosters of an objective perspective, based on the scientific knowledge.

Es posible entender el escepticismo como un componente de la institución científica. Desde luego no son evidentes los rótulos «institución científica» ni «escepticismo», pues se trata de etiquetas que puede encerrar muchas cosas. Por ello comenzaré aclarando ambas cuestiones, con el deseo de que al hacerlo quede clara también la posibilidad de entender cierto tipo de argumentación escéptica como el componente que nos capacita para poseer creencias con las que construimos enunciados presuntamente verdaderos acerca de cómo es el mundo. En resumen, trataré de argumentar que cierto tipo de posibilidades escépticas son las que da sentido a las intuiciones realistas de nuestra mejor posición epistémica actual.

I

Quienes defendemos la descripción científica de la realidad a menudo nos exponemos a una batería de reproches. Obviando las posiciones anticientíficas y tecnóforas, y a pesar de la generalidad, se nos achaca que:

i. no existe la ciencia sino *los científicos* con todas las debilidades, circunstancias, influencias, manías y limitaciones de cualquier ser humano. Con esta aparentemente trivial observación se quiere decir que la ciencia es *un punto de vista* pero no el único posible, desde luego no el único verdadero, ni tampoco el mejor, pues todo depende de una definición relativa.

Fecha de recepción: 2 mayo 2005. Fecha de aceptación: 28 septiembre 2005.

* Dirección: C/ Almería, nº 15 G. 03610 Petrer (Alicante).

ii. que desde el momento en que surge la tecnología, como resultado de la aplicación exitosa de las teorías científicas, la ciencia depende de la(s) tecnología(s), los laboratorios de las industrias y éstas del *Capital*, en manos de seres humanos con debilidades, influencias, limitaciones y manías como los demás, o más incluso.

La conclusión de i y ii, es decir del relativismo y el instrumentalismo¹, viene a ser que la ciencia es una visión humana del mundo producto de intereses y deseos también humanos, sujeta a dinámicas que nada tienen que ver con cómo es el mundo en sí, sino como les parece el mundo a ciertos observadores; ni siquiera a todos los seres humanos, sólo a los machos occidentales ávidos de poder y riquezas². Las cosas reales que el científico dice explicar son en realidad *fenómenos*, es decir cosas que sólo existen porque hay una teoría que las vuelve reales. Las teorías fabrican hechos o son una feliz coincidencia entre *eventos*, datos producidos por los *artefactos* de los científicos e ideas que —según las versiones— se apoyan mutuamente. Las teorías hacen los hechos y éstos últimos justifican las teorías, de manera que los «supuestos hechos» se transforman, a través del marketing, en afirmaciones acerca del mundo, *cajas negras*, que resultan muy difíciles de cuestionar por articular entorno suyo un entramado de otras afirmaciones en las que se apoyan y a las que dan apoyo³. Ocurre que tratamos de extender las buenas teorías, las que son simples, rentables y facilitan la dominación de unos hombres sobre otros, a todos los ámbitos de nuestra vida porque estamos persuadidos de que «sería hermoso disponer de una sola teoría que lo explique todo⁴». Cuando extendemos nuestra buena teoría a objetos y fenómenos recortados por otras diferentes ocurre que la nuestra deja de ser convincente si es incapaz de incluir o reducir esos objetos a sus propios términos. Entonces alguien revisa nuestra buena teoría y el componente histórico que sirvió para cerrar las cajas negras; los valores, ideas, subvenciones y relaciones de poder entre los implicados, juegan su papel determinante e impredecible para formar una nueva teoría, mejor para nuestros *intereses occidentalíodes*, pero tan próxima a la verdad como la anterior.

Espero no haber sido demasiado colorista. Mi intención era sólo poner al lector en situación de identificar el discurso y comprender que cuando me refiero a la institución científica me refiero a todo lo anterior y a todas las consecuencias implicadas en las variopintas versiones de discursos similares acerca de la ciencia. Considerar la ciencia un tipo de institución no pretende dar esquinazo a ninguno de estos discursos relativistas e instrumentalistas, todo lo contrario. Los suscribimos por entero. Pues quien acepta hablar de la ciencia como institución asumen que estos análisis son iluminadores, muchas veces también son correctos y explicativos desde algún punto de vista, como el sociológico o el de la psicología del conocimiento científico. Pero para la epistemología son irrelevantes. Por eso aquí podemos aceptar cualquiera de estos discursos y sus consecuencias en cualquiera de sus versiones a condición de que aceptemos también definir el trabajo científico como una empresa conjunta que podríamos detallar añadiendo que no es nada más, ni menos, que un proyecto

-
- 1 Es común concebir el instrumentalismo como una concepción que niega la verdad de las teorías científicas por ser meros recursos «artísticos» para salvar los fenómenos. Precisamente en este sentido se critica el vínculo entre la especulación privada y los laboratorios, negando credibilidad sistemáticamente a la labor de las industrias. Sin embargo asistimos —¿sorprendidos?— a que los mayores fraudes científicos se dan en los laboratorios de institutos y universidades estatales, además de los desinteresados investigadores amateurs.
 - 2 No son pocos los que han advertido el hecho de que el acceso de las mujeres a los laboratorios y el desarrollo científico-técnico en países como China o la India no han cambiado en nada la manera de «hacer ciencia». Por ejemplo, Steven Weinberg, *Plantar cara. La ciencia y sus adversarios culturales*. Ed. Paidós, Barcelona, 2003.
 - 3 Me parece muy útil, desde el punto de vista esclarecedor, la posición de Bruno Latour en *Ciencia en acción*. Labor, Barcelona, 1992.
 - 4 *Ibid.*, pág 15. Este tipo de reproches estéticos sobre todo evidencian de falta de sensibilidad, o ganas hacer el ridículo.

humano en el que coinciden los intereses de mucha gente y que se regula a través de unas normas que todos los implicados asumen. Esto puede servir de definición informal de institución si tenemos en cuenta que en las instituciones al uso — las políticas por ejemplo— los participantes no tienen por que coincidir necesariamente en todos sus intereses. Así con la expresión *los intereses de mucha gente* no nos referimos a que todos los posibles intereses humanos coincidan en la institución científica; ni nos comprometemos tampoco con la idea de que todas las partes implicadas coincidan en los mismos intereses⁵. Pudiera ser, pero la filiación institucional es —afortunadamente— menos estricta. Basta con que sólo algunos intereses de los implicados coincidan, y en concreto es suficiente que coincida uno sólo. Con eso, y con el respeto por las partes de unas normas iguales para todos, basta para hablar de institución. Pues en un contexto de acción dónde todos coinciden en algo —un consenso mínimo— y todos aceptan comportarse igual, el acuerdo es posible. En qué medida es racional ese acuerdo es el problema determinante de la institución científica. Y es el problema relevante para nosotros pues, como veremos, es el que liga ciencia y escepticismo.

En resumen, con la expresión «institución científica» hacemos referencia a un producto en concreto, un tipo de conocimiento exclusivamente humano. Que, como tal, transluce tanto los intereses de quienes participan en su creación como la fisonomía del tipo de sociedad en la que echa raíces. Pero se trata de un producto dónde los implicados en su elaboración han aceptado un consenso mínimo para obtener resultados positivos, el cual consiste en su rechazo a actuar de acuerdo con sus intereses y con la fisonomía de sus sociedades en exclusiva. Si grabáramos en el pórtico de la institución científica la máxima que resume la voluntad de los que tienen contacto legítimo⁶ con ella nos quedaría algo como: «haz lo que quieras, si y sólo si, lo que haces puede ser inteligible universalmente para cualquier otro ser humano».

II

Con lo anterior hemos definido un punto de partida e insinuado cierta relación entre ciencia y escepticismo, aunque desde luego no hemos desanimado a quien se empeña en mostrar los límites de la ciencia y de la visión científica del mundo. Pero eso no va con nosotros, que somos conscientes de que la ciencia tiene límites y es una perspectiva exclusivamente humana. Sólo humana si, pero no como cualquier otra perspectiva que el ser humano pueda adoptar. Se trata de una cuya razón de ser es que pueda ser la de cualquiera⁷ que haya asumido el compromiso de *no querer actuar de acuerdo con sus intereses ni con la fisonomía de sus sociedades en exclusiva*.

En buena medida resulta espontáneo imaginar al científico como un ser hurraño encerrado en su laboratorio. Pero adoptar un punto de vista científico, según venimos diciendo, no significa adoptar la perspectiva del microscopio atómico o el análisis genético; no se trata de acomodar el ojo al

5 Un laboratorio puede hacer ciencia por motivos exclusivamente económicos; invertir en ciencia suele ser rentable a largo plazo. Un científico puede investigar motivado por la idea de ser el benefactor de la humanidad, salvar a su hijo o comprarse un Ferrari con el dinero del Premio Nobel. Podemos juzgar sus motivaciones moralmente, pero si quieren realizar sus deseos se comportarán exactamente igual, los tres participan de la misma institución.

6 Tener contacto ilegítimo con la ciencia no tiene sentido. Esta debería ser una de las conclusiones, al igual que dejar sin efecto la distinción entre buena ciencia y mala ciencia. Puede haber buenas y males teorías, pero la ciencia mal hecha no es ciencia en absoluto. Resulta iluminador al respecto el análisis de la ciencia soviética, por ejemplo en Gustav A. Wetter, *Filosofía y ciencia en la Unión Soviética*. Ediciones Guadarrama, Madrid, 1968.

7 Para muchos críticos una perspectiva así, de todos en general, es la de nadie. Pero no es la perspectiva de todos en general, sino que puede ser la de cualquiera que cumpla *la condición de* no actuar en exclusiva determinado por sus intereses o los de la sociedad, pueblo, nación o principio políticos a los que se adscribe.

artefacto. Consiste en considerar las cosas sin ponerlas en relación con quines somos, dónde estamos, de dónde venimos y lo que creemos que es válido incondicionalmente⁸. Hablamos de adoptar un punto de vista objetivo en el que nos ceñimos a considerar aquellos aspectos que creemos son independientes de nosotros como sujetos particulares. Qué aspectos son estos y cuales, por el contrario, creemos que depende de quienes somos es algo que presupone una elaborada teoría, en la cuál las creencias ontológicas y la explicación del conocimiento son coherentes con una definición de la verdad. Todo intento de aproximarse al problema de la objetividad de esta forma, distinguiendo entre una perspectiva objetiva y otra subjetiva, está abocado al fracaso desde el momento en que aparece el famoso terceto de ontología, epistemología y metafísica. Recordemos; si cómo es el mundo depende de lo que sabemos de él, y esto de lo que creemos que es verdadero: ¿cómo estar seguro de que lo que creo no depende de mí, de quien soy yo, en algún sentido? Expurgar de mi consideración de cómo es el mundo todo lo que me parezca subjetivo, relativo a quien soy, estará determinado por unos presupuestos previos sin los cuales no tendría sentido esta criba de elementos subjetivos. Huelga decir que estos compromisos previos que dan sentido a la distinción objetivo-subjetivo forman una «irreductible base subjetiva» que mina las pretensiones objetivas de nuestro conocimiento⁹.

Así surge cierta consideración del escepticismo según la cual este es un producto inherente a las pretensiones realistas del conocimiento¹⁰. La duda escéptica acompañará todo avance objetivo. Y no sólo eso. Además cada avance objetivo, depurado de elementos subjetivos o comprometedores, nos aleja de la experiencia ordinaria de modo que esta perspectiva objetiva resulta ser menos significativa para nosotros. Con ello nuestras vidas se tornan absurdas y nuestros problemas cotidianos triviales. Cada avance científico resulta menos relevante para nuestro punto de vista particular, el de quienes somos y de dónde venimos, con el que además a menudo entra en conflicto.

Aunque relacionado con el escepticismo no hay lugar aquí para tratar el desengaño que nos provocan los avances objetivos. Ambos serían resultado de la visión objetiva, y la literatura filosófica que trata el tema de las dos perspectivas lo suele presentar de este modo, esforzándose luego en hallar una solución de continuidad entre ambas; alguna forma de reconciliación entre puntos de vista¹¹. Hay que salvar del escepticismo lo que consideramos nuestro conocimiento más fiable, no el científico evidentemente, sino todas aquellas creencias que regulan nuestro comercio ordinario con el mundo. Pero, sobre todo, hemos de protegernos del desengaño y la vacuidad aparentes en la que caen *nuestros proyectos de vida* cuando los contemplamos desde una perspectiva objetiva. Así planteada, la cuestión consiste en que al desarrollar una perspectiva objetiva desarrollamos también una concepción escéptica. Tenemos una concepción escéptica del mundo cuando elaboramos explicaciones para nuestras creencias ordinarias que no se pueden integrar a tales creencias sin destruirlas¹². Una concepción así del mundo necesariamente desarrolla doctrinas escépticas del tipo que afirman que no existe la verdad o que, si existe, el ser humano es inca-

8 Esto último es la más difícil y lo que incapacita a cualquier ser humano para adoptar incondicionalmente el punto de vista científico. Sería muy deseable que los principios políticos o los escrúpulos morales tuvieran este mismo defecto, y fuera imposible aplicarlos sin restricciones.

9 Thomas Nagel, *Una visión de ningún lugar*, FCE. México, 1996. Cap. III «El yo objetivo». Pág. 81 y ss.

10 Íbid, págs, Cap. IV «El conocimiento». Pág 99 y ss.

11 Peter F. Strawson, *Skepticism and Naturalism: Some Varieties*. Hay traducción castellana: *Naturalismo y escepticismo*. A Machado Libros, Madrid, 2003

12 «Una teoría es escéptica si la explicación de los fenómenos no puede ser compatible con la experiencia ordinaria de esos fenómenos» Thomas Nagel, *Una visión de ningún lugar*, FCE. México, 1996. Pág. 106.

paz de conocerla. Pero entender esto como el resultado de un progresivo avance en la objetivación, en la depuración en nuestras explicaciones de elementos considerados subjetivos, depende de entender el escepticismo como un continuo desde posiciones débiles, como puede ser la mera desconfianza en la verdad o eficacia de alguna cosa en particular, hasta otras radicales como la doctrina escéptica anterior, que niega la posibilidad de conocer la verdad, o incluso que se puede hablar con sentido acerca de lo verdadero.

Advertimos al principio que para los iniciados en la filosofía el escepticismo encierra muchas cosas. Cuando tratamos de abrir camino en su estudio lo pensamos precisamente de éste modo, como un continuo, en el que las posiciones anteriores sirven de extremos. Si comenzamos por el extremo débil, es decir declarar a través de una argumentación la desconfianza en la verdad de alguna cosa, el escepticismo resulta una actitud —*mirar con cuidado*— caracterizada por la sospecha. A ésta siguen la suspicacia, la desconfianza, la prevención y el recelo, que dan lugar en el sujeto epistémico a la propia duda, la incredulidad, el desinterés, la desilusión, la desgana, la indiferencia, la apatía y la descreencia. De hecho estos términos son sinónimos castellanos del adjetivo «escéptico» y faltarían aún los de frío, insensible, desdeñoso, displicente, despechado, aprensivo, temeroso y frustrado. Tomaremos estos dos últimos como ejemplo, pues si el escepticismo es un continuo de posiciones de distinto grado, entonces en algún punto encontraremos al «escéptico temeroso», de equivocarse al considerar verdad o eficacia de una cosa, y en algún otro lugar al «escéptico frustrado» por no hallar la verdad inmutable. Considerado de este modo el escepticismo se origina de un argumento que se desarrolla hasta volverse un veneno para toda pretensión cognoscitiva¹³. Un argumento que plantea una duda, una cuestión epistémica, se convierte en el otro extremo en dos afirmaciones metafísicas, una acerca de la verdad y otra sobre el ser humano, (recordemos: no existe la verdad o, si existe, el ser humano es incapaz de conocerla), que tienen como corolario una apuesta ontológica: lo que hay realmente —sin lugar a dudas— es mi representación.

Entender el escepticismo de este modo, aunque pueda ser una buena manera de iniciarse en la cuestión, resulta finalmente engañoso. En esta idea de que la postura escéptica se radicaliza debido a sus propias pretensiones de certeza, a su propia inercia, reside el intento clásico de desacreditar al escéptico porque su posición es contradictoria. Que el escepticismo se auto-refuta porque presupone una verdad absoluta para que su duda tenga sentido. También está implicada esta imagen del continuo, que resulta ser un regreso infinito, en el problema de la objetividad; al menos en quienes plantean la cuestión de las perspectivas de conocimiento. Desde luego no dudo de que hay doctrinas escépticas y argumentos escépticos, y de que son cosas diferentes. Precisamente por eso creo que vale la pena considerar si es inevitable que un argumento escéptico aboque en una doctrina escéptica, como suponen ciertas concepciones realistas. Si fuera necesariamente así nuestras mejores teorías científicas no serían otra cosa que meros instrumentos, y los discursos que caricaturizamos en el primer punto todo lo que podríamos decir acerca del mundo.

III

Al aceptar que existen argumentos y doctrinas escépticas damos por hecho que las dudas escépticas en general tienen sentido. Lo que no es tan evidente es que tales dudas planteen siempre un reto al que necesariamente hay que dar respuesta. Tomemos el caso extremo del ejemplo cartesiano.

13 Este es el siempre inspirador tema de la ilusión trascendental kantiana.

Puesto que es concebible la posibilidad de que nuestra experiencia del mundo fuese igual tanto si hay un objeto externo como si no, entonces la duda acerca del mundo externo tiene sentido¹⁴. Para Descartes, y todo el racionalismo posterior, la mejor posición epistémica que el ser humano, (el compuesto de materia y pensamiento), podía ocupar era el uso efectivo y directo de los sentidos. El paradigma de aquel uso consistía en la famosa habitación dónde sostenía un papel en sus manos. Considerar que esa es la mejor posición epistémica que podemos ocupar presupone que hay datos puros, hechos simples, que captan directamente nuestros sentidos. En tal situación el escepticismo es un reto al que hay que responder no sólo necesariamente sino con urgencia. De ahí que Descartes, y todo el racionalismo posterior, se alce sobre las dudas escépticas para argumentar que es otra cosa, más allá de la experiencia, la responsable del conocimiento, (ideas innatas o estructuras a prior); y otra cosa más allá de los sentidos y la razón humana la responsable de la verdad, (Dios).

Para nosotros hoy resulta obvio que no hay observación libre de teoría, que toda descripción de hechos presupone un lenguaje descriptivo. Nuestra mejor posición epistémica en la actualidad no puede ser la herencia cartesiana del uso directo e individual de los sentidos, cuya impotencia frente a la argumentación del escéptico nos obligue a llegar a Dios. Si la habitación cartesiana ya no es ejemplo para nosotros de mejor posición epistémica, aquella duda escéptica tampoco nos plantea reto práctico alguno; en el sentido de vernos epistemológicamente necesitados de alguna cosa más allá de la razón que garantice la certeza de nuestros conocimientos y la habitual confianza en nuestros sentidos.

Nuestra mejor posición epistémica actual tampoco consiste en un punto de vista objetivo, un yo objetivo, que se despersonaliza o desobjetiviza para alcanzar una descripción de cómo es el mundo en sí¹⁵. Antes mencionamos el resultado paradójico de este realismo, que podemos resumir en la idea de que la perspectiva de nadie en particular, la objetividad pura, no sólo es inalcanzable por cuestiones prácticas, sino ininteligible. La perspectiva de nadie en particular es la de nadie en absoluto, es decir, no es perspectiva alguna. Pero esto no quiere decir que no haya una perspectiva objetiva. Venimos defendiendo que tal perspectiva es la de un *colectivo* que se compromete con un lenguaje descriptivo concreto que determina cuales son las condiciones subjetivas de objetividad. No es un feliz azar. La intersubjetividad, aunque puede crear acuerdo por sí misma, no puede crear de igual modo objetividad. La perspectiva objetiva consiste en un proyecto compartido que presupone un compromiso con:

- a) teorías, que podemos considerar aquí como lenguajes descriptivos.
- b) y una actitud de revisión crítica, una duda permanente respecto de esos lenguajes descriptivos.

Para finalizar comentaremos con fastidiosas brevedad ambos componentes.

Al decir que podemos considerar las teorías científicas como lenguajes descriptivos queremos poner sobre el tapete todos aquellos elementos de los discursos relativistas e instrumentalistas. Se

14 El llamado «problema cartesiano», el escepticismo acerca del mundo exterior, suele cifrarse en esta elegante fórmula: «nuestra mejor evidencia a favor de p es compatible con la falsedad de p ». P está por «proposición» y toda proposición tiene un contexto que no anula la duda escéptica, pero que dependiendo de los casos la convierte en un reto, como en el ejemplo de Descartes, o en una mera trivialidad. Wittgenstein ofrece cristalinos ejemplos en *Sobre la certeza*. Gedisa, 1990.

15 Esta es la idea de la concepción absoluta de la realidad defendida por Bernard Williams, *Descartes. El proyecto de la investigación pura*. Cátedra, Madrid, 1996. Criticada por Hilary Putnam, *Cómo renovar la Filosofía*, Cátedra, Madrid, 1994.

trata por supuesto de lenguajes artificiales no equiparables, ni siquiera en sus versiones más rudimentarias, con el lenguaje natural. Es obvio que hay lenguajes científicos para determinados problemas que han alcanzado una complejidad y sofisticación enormes. Pero cómo se formulan esos problemas ya presupone un lenguaje descriptivo distinto del cotidiano. No se puede hacer ciencia con el lenguaje natural. Y no porque oculte las «salvajes supersticiones de los caníbales» que diría un Russell. No es sólo que necesitemos un vocabulario técnico para definir con precisión. Un lenguaje científico, como todo lenguaje artificial, implica para que exista decisiones conscientes¹⁶. De hecho haríamos bien completando la afirmación «las teorías son lenguajes descriptivos» con la coletilla «y los lenguajes descriptivos son conjuntos de decisiones». Hacia esto apuntan frases como «*es la teoría lo que nos dice qué debemos investigar*» o «*un paradigma determina que problemas son relevantes*». Aquí reside el elemento convencional de toda teoría científica. Pero convencional no es sinónimo de arbitrario. Si lo fuera no tendría sentido decir que esos lenguajes descriptivos determinan las condiciones subjetivas de objetividad. Desde luego tales condiciones son fruto de una convención, de decisiones previas que no serán arbitrarias en la medida en que cierto tipo de argumento escéptico intervenga en su justificación. Vayamos entonces a nuestro segundo componente para encontrar el asidero que permite considerar racional una convención, asunto cuya clave descansa en el acuerdo mínimo determinante para formar parte de la institución científica: la actitud crítica.

El proceder crítico del científico sólo es inteligible si suponemos que el escepticismo no es un resultado del punto de vista objetivo, sino un expediente incorporado en la propia toma de decisiones, en el arranque mismo de la investigación. De hecho lo que hacen las convenciones teóricas de la ciencia es acotar el alcance de los argumentos escépticos que sirven para poner en marcha las investigaciones. Cuando hablamos de dudas escépticas tratamos con alternativas a lo tenido por verdadero; los argumentos nos plantean otras posibilidades. Pero no toda posibilidad es del mismo tipo. Podemos distinguir entre meras posibilidades lógicas, como por ejemplo «es posible que yo fuera mujer», y otras posibilidades que además incorporan un sentido epistémico, como «es posible que llueva». En el primer caso enuncio una posibilidad que no pone en duda mi creencia «sé que soy hombre»; mientras que en el caso de «es posible que llueva» estoy diciendo que no sé si va a llover o no y, por tanto, que carezco de la justificación adecuada para que esa creencia pueda ser considerada conocimiento. Desde luego el hecho de que yo sea hombre es contingente, pero la posibilidad lógica de que no lo fuera no excluye el conocimiento de la proposición contingente «sé que soy hombre». Sin embargo las meras posibilidades lógicas no resultan muy atractivas para la ciencia. Más bien corresponden a nuestras creencias ordinarias. Las posibilidades escépticas que interesan al científico son las que incorporan un sentido epistémico, como aquella de «no sé si lloverá». Al plantear esta duda lo que hacemos es reconocer nuestra carencia para justificar esa creencia, pero no dudamos de la posibilidad de ofrecer una justificación, una solución a la duda. Para que desde de la posibilidad lógica con sentido epistémico podamos concluir la falta de conocimiento global, en el sentido de dudar de la posibilidad de justificación de todas mis creencias, tendríamos que dar un salto a un escepticismo global dónde la duda tendría una dimensión diferente; es decir dónde no me planteo la posibilidad de que el mundo fuera de forma distinta a como me parece, sino la posibilidad de que pueda hablar con sentido, de que pueda justificar en general mis creencias. Entro entonces en otro contexto, dejo la institución científica para entrar en otra, moral, dónde los implicados no están

16 Kant llama a esto «unanimidad artificial» en un contexto tan diferente a éste como revelador. «Respuesta a la pregunta: Qué es Ilustración». En *¿Qué es Ilustración?* Tecnos, Madrid, 1989.

interesados exclusivamente en saber cómo es el mundo con independencia de sus intereses y la fisonomía de sus sociedades, sino que les motiva el compromiso con la idea de lo que pueden saber sin posibilidad de error, con lo válido incondicionalmente, con la absoluta certeza. La moral es la presunta institución que se plantea en general el carácter normativo de la verdad y, en ese sentido, no considera que construya nada, sino que sigue anclada en el paradigma del desvelamiento. La ciencia construye teorías con la intención de saber cómo es el mundo, se puede equivocar. Cierta actividad filosófica está comprometida con lo correcto, con lo que debe ser el mundo; no se puede equivocar sin contradecirse, no es una posición epistémico en exclusiva.

Pero volvamos a la ciencia, nuestro tema. Y precisamente en la capacidad de formular el tipo de posibilidades escépticas con sentido epistémico en un contexto institucional determinado, definido por aquel compromiso de quienes *no quieren actuar de acuerdo con sus intereses ni con la fisonomía de sus sociedades en exclusiva*, reside la ventaja de nuestra mejor posición epistémica actual. Por eso podemos argumentar que las convenciones que forman las teorías no son arbitrarias, pues podemos analizarlas como las condiciones subjetivas de objetividad de cada teoría se ajustan o no al compromiso de la institución científica. Son decisiones que no tienen en cuenta ni quienes somos, ni adónde vamos, ni de dónde venimos, porque dudamos de que esos supuestos sean compatibles con el interés humano de saber cómo es el mundo. La razón para esto está por analizar, tendríamos que entrar para ello en la presunta institución moral, pero aquí sólo sugiero que tener en cuenta cómo es uno mismo y cómo le determina su sociedad distorsiona el compromiso que le hace formar parte de institución científica, pues parece que las posibilidades de inteligibilidad universal de lo que propone como una teoría científica serán menores. Con todo entremos de puntillas finalmente en esa dimensión moral, y plateemos el problema epistémico entorno a la justificación.

Si puedo decir que mis creencias son conocimiento, entonces mis creencias acerca del mundo son creencias acerca de cómo es el mundo. Éste es el tópico, y su problema es que el tipo de evidencia que resolvería la cuestión de cuales de mis creencias son conocimiento, son verdaderas en sentido absoluto, es problemático. Por no decir ininteligible diremos, con Stegmüller¹⁷, que es una cuestión no decidible, en el sentido de que debería ser una evidencia completamente libre de duda. Y para una evidencia de éste tipo todo argumento a favor representaría un círculo vicioso, por presuponer el fin de la prueba como ya logrado, mientras que una refutación de la evidencia sería una contradicción. De ahí que Stegmüller hable de *agnosticismo de la verdad*, puesto que la posibilidad de lograr una certeza indubitable es, como decíamos, una cuestión indecidible. Ahora bien, suponemos que algunos resultados teóricos son ciertos porque previo a obtenerlos acordamos qué va a servir de evidencia en cada paso cognoscitivo, que tal evidencia es asequible —al menos en principio— y que representa el fin, (telos), de ese paso cognoscitivo. Éste protocolo organiza el conjunto de decisiones compartidas por todos aquellos que pretenden saber cómo es el mundo en sí. Y aquí reside la clave de cómo queda mitigado el escepticismo dentro la ciencia. Los argumentos no se tornan necesariamente doctrinas escépticas porque hay evidencias, convencionalmente establecidas que, como tales, no se cuestionan pero sí pueden ser en algún momento objeto de revisión crítica debido su propia definición. Pero cuando sucede una revisión es porque otro lenguaje descriptivo, dónde también hay un acuerdo acerca de qué es una evidencia, presenta mejores posibilidades para el análisis de los problemas y mejores oportunidades para los resultados previsibles, que son aquellos que satisfacen mejor nuestro deseo de saber cómo es el mundo, indisoluble al de manipularlo, y del que si prescindimos para definir el conocimiento en general nos quedamos en blanco.

17 Wolfgang Stegmüller, *Metafísica, escepticismo y ciencia*. Alianza, Madrid, 1986.